

Las resacas de las olas de las bahías de la isla. El Havlet, hasta
 en medio del día, se hallaba en una penumbra. Pedregales
 hundidos cubrían de todas partes. Un banco de espumas
 y resacas se elevaba y formaba una especie de noche
 espesa en el horizonte de las rocas y de las olas. Nada
 más profundo que el Havlet en tiempo de calma, nada más
 tumultuoso que él en las tempestades. Había en él un
 tan de raras y profundamente notadas por la espuma. En
 la primavera se hallaba de flores, de nidos, de pajarillos,
 de bayas, de mariposas y de abejas. Gracias a los trabajos
 recientes, ha perdido su aspecto salvaje, que le habia re-
 emplazado por bellas líneas rectas, formadas de caseríos,
 malecones y jardines. Se ha desmenuado el terreno, y el
 gran gusto ha dado buena cuenta de las desventajas
 de la montaña y de la inclinación de las rocas.

BIBLIOTECA
 CAPILLA ALONSO DE ALBA

no debiendo esperar hasta mañana, no hacía más que
 gran cantidad para aguar.
 La insensibilidad de los habitantes de las escarpadas
 las costas del acantilado habia crecido con el tiempo.
 habia oído en el Havlet un murmullo de palabras, y el
 se habia formado por encima de él un río, habia visto
 a cierta distancia del batel, en un recodo de roca y de
 rocas en que no podía penetrar la mirada del batelero.
 las personas, un hombre y una mujer, Euzen y Yeu-

II.

LAS DESESPERACIONES EN PRESENCIA UNAS DE OTRAS.

No eran aun las diez de la mañana; era *el cuarto antes*,
 como se dice en Guernesey.

Segun todas las apariencias, la afluencia de gente au-
 mentaba en Saint-Sampson. Con su fiebre de curiosidad,
 vertiéndose toda la poblacion al Norte de la isla, el Ha-
 velet, que estaba en la parte del Mediodía, se hallaba mas
 desierto que nunca.

Veíase allí, sin embargo, un batel y un batelero. En
 el batel habia un saco de noche. El batelero aguardaba al
 parecer á alguno.

Distinguíase en la bahía el *Cashmere* anclado, el cual,

no debiendo zarpar hasta medio día, no hacia aun ninguna maniobra para aparejar.

Un transeunte, que desde cualquiera de las escalonadas cuevas del acantilado hubiese escuchado con atención, habria oido en el Havelet un murmullo de palabras, y si se hubiese asomado por encima de algun tajo, habria visto á cierta distancia del batel, en un recodo de rocas y de ramas en que no podia penetrar la mirada del batelero, dos personas, un hombre y una mujer, Ebenezer y Deruchette.

Los oscuros reductos de la orilla del mar, que invitan á bañarse, no están siempre tan solitarios como se cree. En ellos algunas veces el que menos lo piensa es observado y escuchado. Los que allí se refugian y abrigan pueden ser fácilmente seguidos por entre las espesuras de las vegetaciones, gracias á la multiplicidad y encrucijadas de los senderos. Los granitos y los árboles, que ocultan á los que creen estar solos, pueden ocultar tambien un testigo.

Deruchette y Ebenezer, cogidos de las manos y en pie uno delante de otro, se devoraban mutuamente con sus miradas. Deruchette hablaba. Ebenezer permanecia silencioso. Una lágrima, cuajada y detenida entre sus párpados, vacilaba y no caia.

Habia en la frente religiosa de Ebenezer la huella de la pasión y del desconsuelo, á que se unia una resignación desgarradora, una resignación hostil á la fe, aunque venia de la fe misma. En su semblante, simplemente an-

gelical hasta entonces, habia un principio de expresión fatal. Aquel hombre, que no habia aun meditado mas que el dogma, empezaba á meditar la suerte, meditación insalubre para un sacerdote. En ella la fe se descompone. No hay nada que perturbe tanto como flotar sobre lo desconocido. El hombre es el paciente de los acontecimientos. La vida es un estado de expectativa perpetua. No sabemos jamás de qué lado vendrá el súbito golpe de la suerte. Las catástrofes y las felicidades entran y salen como personajes inesperados. Tienen su ley, su órbita, su gravitación, fuera del hombre. La conciencia tiene una lógica y la suerte otra, sin ninguna coincidencia recíproca. No hay nada previsto. Vivimos siempre amenazados de un golpe tras otro. La conciencia es la línea recta, la vida es el torbellino. Este torbellino arroja inopinadamente sobre la cabeza del hombre caos negros y cielos azules. La suerte no posee el arte de las transiciones. Algunas veces la rueda gira con tanta velocidad, que el hombre distingue apenas el intervalo de una peripecia á otra y el eslabon que enlaza el día de ayer con el de hoy. Ebenezer era un creyente mezclado de raciocinio y un sacerdote complicado de pasión. Las religiones que prescriben el celibato saben lo que hacen. Nada destruye tanto al sacerdote como amar á una mujer. Toda especie de nubes sombreaba á Ebenezer.

Contemplaba á Deruchette demasiado.

Aquellos dos seres se idolatraban. En la pupila de Ebenezer brillaba la muda adoración de la desesperación.

Deruchette decia:

—No partireis. No tengo fuerza para veros partir. Ya lo veis, creia poderos decir adios, y no puedo. No es culpa mia. ¿Por qué vinisteis ayer? Si quereis marcharos, no debíais haber venido. Yo no os habia hablado nunca. Os amaba, pero no lo sabia. El primer dia, cuando M. Hérode leyó la historia de Rebecca y vuestras miradas se encontraron con las mías, sentí que se me abrasaban las empujillas, y pensé: ¡Oh! ¡cuán colorada debió ponerse Rebecca! Si antes de ayer me hubieran dicho que os amaba, me hubiera reido. Y hé aquí precisamente lo terrible de mi amor. Ha venido como una traicion, sin que yo me cuidase de él para nada. Iba á la iglesia, os veia, creia que todo el mundo era como yo. No os acrimino, vos nada habíais hecho para que yo os amase, no os habíais tomado molestia alguna, me mirábais, lo que nada tiene de particular, y vuestras miradas han hecho que yo os adore. No sé lo que me sucedia. Cuando cogíais el libro, este libro era la luz; cuando lo cogian otros, no era mas que un libro. Algunas veces me mirábais. Habláis de arcángeles, y érais vos el arcángel. Lo que vos decíais, yo lo pensaba en seguida. Antes de veros, no sé si creia en Dios. Despues, me he convertido en una mujer que reza. Yo decia á Dulce: Vísteme pronto que no quiero llegar tarde al oficio. Y corria á la iglesia. Ahora veo que lo que yo hacia era amar á un hombre. Entonces no lo sabia, y solia decirme: ¡Cuán devota me vuelvo! Vos sois quien me ha enseñado que yo no iba á la iglesia por el buen Dios. Iba

por vos, es verdad. Vos sois hermoso, hablais bien, y cuando levantábais los ojos al cielo, me parecia que teníais mi corazon en vuestras dos manos blancas. Estaba loca, y lo ignoraba. ¿Quereis que os diga vuestra falta? No es otra que la de haber entrado ayer en el jardin, y haberme hablado. Si nada me hubiéseis dicho, yo nada habria sabido. Os habríais marchado, y yo tal vez me hubiese puesto triste, pero lo que es ahora, me moriré. Ahora que sé que os amo, no es ya posible que os marcheis. ¿En qué pensais? Parece que no me escuchais siquiera.

Ebenezer respondió:

—Habeis oido lo que se dijo ayer.

—¡Ay!

—¿Qué quereis que yo le haga?

Callaron un momento. Ebenezer repuso:

—Yo no puedo hacer mas que una cosa, partir.

—Y yo no puedo hacer mas que otra, morir. ¡Oh! yo quisiera que no hubiese mar, que no hubiese mas que cielo. Me parece que así se arreglaría todo; partiríamos á un mismo tiempo. Vos no debíais haberme hablado. ¿Por qué me hablásteis? Habiéndome hablado, no podeis marchar. ¿Qué será de mí, si os vais? Os digo que moriré. Mucho habreis ganado con que yo esté en el cementerio. ¡Oh! tengo el corazon destrozado. Soy bien desgraciada. Y sin embargo mi tío no es malo.

Era la primera vez de su vida que Deruchette llamaba á mess Lethierry *mi tío*. Hasta entonces habia siempre dicho *mi padre*.

Ebenezer retrocedió un paso é hizo una señal al batelero. Se oyó el ruido del vichero en las rocas y el paso del barquero en el borde de su lancha.

—¡No! ¡no! exclamó Deruchette.

Ebenezer se acercó á ella.

—Es preciso, Deruchette.

—¡No! ¡jamás! ¿Por una máquina? ¿Es posible? ¿Visteis ayer el hombre horroroso? Vos no podeis abandonarme. Teneis ingenio, hallareis un medio para salir del paso. No era posible que me dijéreis que viniese aquí á hablar con vos esta mañana, con la idea de partir. Yo no os he hecho mal alguno. No os he dado ningun motivo de queja. ¿Y es en el buque que tenemos á la vista en el que vais á marcharos? No quiero. No me abandonareis. A nadie se abre el cielo para volvérselo á cerrar. Os digo que no partireis. No es hora todavía. ¡Oh! yo te amo.

Y abrazándole, cruzó sus diez dedos detrás de su cuello, como para formar con sus brazos enlazados un vínculo que sujetase á Ebenezer y dirigir con sus manos juntas una súplica á Dios.

El desató aquel nudo delicado que resistió cuanto pudo.

Deruchette cayó sentada sobre una roca saliente cubierta de hiedra, levantando con un gesto maquinal la manga de su vestido hasta el codo, descubriendo su encantador brazo desnudo, con una claridad desleida y pálida en sus ojos inmóviles. La lancha se acercaba.

Ebenezer cogió entre sus dos manos la cabeza de la

jóven. Ella era una vírgen que parecia una viuda y él un jóven que parecia un abuelo. Tocaba sus cabellos con una especie de precaucion religiosa; tuvo por algunos instantes fija en ella su mirada; despues depositó en su frente uno de aquellos besos bajo los cuales parece que debería nacer una estrella, y con un acento en que palpitaba la suprema angustia y en que se sentia el arrancamiento del alma, le dijo esta palabra, la palabra de las profundidades: ¡Adios!

Deruchette prorumpió en sollozos.

En aquel momento oyeron una voz lenta y grave que decia:

—¿Por qué no os casais?

Ebenezer volvió la cabeza. Deruchette levantó los ojos. Tenian delante á Gilliatt.

Acababa de llegar por una senda lateral.

Gilliatt no era ya el mismo hombre de la víspera. Se habia peinado y afeitado, se habia puesto zapatos, llevaba una camisa blanca de marinero con ancho cuello doblado, y vestia el traje de marinero mas nuevo que tenia. Se veía en su dedo meñique una sortija de oro. Parecia profundamente tranquilo. Su semblante era lívido.

Bronce que sufre, tal era su cara.

Le miraron atónitos. Aunque estaba desconocido, Deruchette le reconoció. En cuanto á las palabras que acababa de pronunciar, estaban tan distantes de lo que ellos pensaban en aquel momento, que se deslizaron por su espíritu sin penetrar en él.

Gilliatt repuso:

—¿Qué necesidad teneis de separaros? Casaos, y partireis juntos.

Deruchette se estremeció. Tembló de la cabeza á los pies. Gilliatt prosiguió:

—Miss Deruchette tiene veinte y un años. No depende mas que de sí misma. Su tío no es mas que su tío. Vosotros os amais...

Deruchette le interrumpió nuevamente:

—¿Cómo es que os hallais aquí?

—Casaos, prosiguió Gilliatt.

Deruchette empezó á comprender lo que el marinero decia, y balbuceó:

—Mi pobre tío...

—Negaria su consentimiento si el matrimonio tuviese que verificarse, dijo Gilliatt, pero una vez consumado el acto, lo aprobará sin repugnancia. Por otra parte, vais á partir. Cuando volvais, perdonará.

Gilliatt añadió con un acento amargo:—Y, además, él solo piensa en reconstruir su buque, lo que le ocupará durante vuestra ausencia. Tiene la Duranda para consolarle.

—No quisiera, tartamudeó Deruchette con una especie de asombro con que se mezclaba cierta alegría, no quisiera detrás de mí dejar pesadumbres.

—Estas no durarán mucho tiempo, dijo Gilliatt.

Ebenezer y Deruchette habian experimentado cierta turbacion, de la cual se iban reponiendo. A medida que la

turbacion decrecia, iban teniendo mas sentido las palabras de Gilliatt. En todo aquello habia aun interpuesta una nube, pero ellos no tenian interés en resistir. Al que quiere salvarnos se le deja que nos salve. A lo que está conforme con nuestros deseos no se oponen sino objeciones débiles. No se rehusa con fuerza el volver á entrar en el Eden. En la actitud de Deruchette, imperceptiblemente apoyada en Ebenezer, habia alguna cosa que formaba causa común con lo que Gilliatt decia. En cuanto al enigma de la presencia de aquel hombre y de sus palabras que, particularmente en el ánimo de Deruchette, producian varias especies de asombro, eran cuestiones que se dejaban á un lado. Aquel hombre les decia: Casaos. La cosa era clara. Si alguna responsabilidad habia, él la aceptaba toda para sí. Deruchette sentia confusamente que, por razones diversas, él estaba en su derecho. Lo que él decia de mess Lethierry era cierto. Ebenezer pensativo murmuró: Un tío no es un padre.

Sufria la corrupcion casuística de una peripecia repentina. Los escrúpulos probables del sacerdote se fundian y disolvian en su corazon amoroso.

La voz de Gilliatt se hizo breve y dura, y en ella se sentian las pulsaciones de su fiebre.

—Ahora mismo. El *Cashmare* parte dentro de dos horas. Teneis el tiempo suficiente, pero no mas que el tiempo suficiente; venid.

Ebenezer le miraba atentamente.

De pronto esclamó:

—Os reconozco. Vos sois quien me salvó la vida.

Gilliatt respondió:

—No me acuerdo.

—Allá abajo, en la punta de los Banques.

—No conozco ese punto.

—El día mismo de mi llegada.

—No perdamos tiempo, dijo Gilliatt.

—Y, no me engaño, sois el hombre mismo de anoche.

—Tal vez,

—¿Cómo os llamais?

Gilliatt levantó la voz.

—Barquero, aguardadnos. Vamos á volver. Miss, me habeis preguntado por qué me hallaba aquí, y la respuesta es muy sencilla: seguí vuestros pasos. Teneis veintiun años. En este país, cuando las personas son mayores de edad y dependen de sí mismas, se casan en un cuarto de hora. Tomemos la sonda de la orilla del mar. Es practicable, el mar no subirá hasta medio día. Pero inmediatamente. Seguidme.

Deruchette y Ebenezer se consultaban con la mirada. Estaban en pie uno junto al otro, sin moverse; estaban como atontados. Hay vacilaciones estrañas en el borde del abismo que se llama felicidad. Comprendian sin comprender.

—Se llama Gilliatt, dijo en voz baja Deruchette á Ebenezer.

Gilliatt repuso con una especie de autoridad:

—¿Qué aguardais? os digo que me sigais.

—¿A dónde? preguntó Ebenezer.

—Allí.

Y Gilliatt indicó el campanario de la iglesia.

Le siguieron.

Gilliatt iba delante. Su paso era firme. Ellos vacilaban.

A medida que se acercaban al campanario, se veía asomar en los puros y hermosos semblantes de Ebenezer y Deruchette alguna cosa que bien pronto seria una sonrisa. La aproximacion de la iglesia les iluminaba. En los ojos huecos de Gilliatt habia la noche.

Parecia un espectro que conducia dos almas al paraiso.

Ebenezer y Deruchette no se daban cuenta de lo que iba á suceder. La intervencion de aquel hombre era como la rama de que se ase el que se ahoga. Seguian á Gilliatt con la docilidad con que sigue el desesperado al primero que llega. El que se siente morir vacila poco en la aceptacion de los incidentes.

Deruchette, mas ignorante, era mas confiada.

Ebenezer soñaba.

Deruchette era mayor de edad. Las formalidades del matrimonio inglés son muy sencillas, sobre todo en los países autótonos donde los rectores de parroquia tienen un poder casi discrecional; ¿pero consentiria el dean en la celebracion del matrimonio sin informarse siquiera de si el tío consentia? Hé aquí una cuestion. Sin embargo, nada se perdía en probarlo. De todos modos, se conseguia una próroga.

¿Pero quién era aquel hombre?

Y si era en efecto el mismo á quien mess Lethierry la noche antes habia declarado su yerno, ¿cómo esplicarse lo que estaba haciendo? Él, el obstáculo, se convertia en providencia. Ebenezer se prestaba á ello, pero daba á lo que sucedia el consentimiento tácito y rápido del hombre que se siente salvado.

El sendero era desigual, lleno de baches en algunos puntos y difícil. Ebenezer, absorbido, no fijaba la atención en los charcos ni en los guijarros. De cuando en cuando Gilliatt se volvia y decia á Ebenezer:

—Cuidado con esas piedras, dad á miss la mano.



LA ENTREVISTA.